

PEN CLUB INTERNACIONAL

Desde 1986 he asistido con cierta regularidad a los encuentros internacionales del PEN Club. Es decir, he tenido la oportunidad de seguir de cerca el proceso evolutivo que se ha producido en el seno de este organismo internacional y advertir que se trata de un cuerpo vivo e inquieto, abierto al aire del tiempo y siempre atento a los cambios de la historia. Esencialmente, me parece que la dinámica más reciente puede resumirse en una pérdida de protagonismo por parte de las culturas de ámbito estatal y, al mismo tiempo, una sensibilidad y creciente atención hacia las realidades de tipo más nacional o regionalista. El proceso ha sido azuzado, especialmente, por la capacidad de choque de dos hechos importantísimos y, seguramente, complementarios: el impacto de la "perestroika" y el florecimiento de las nacionalidades.

En Seúl (agosto de 1988) una delegación de escritores de la URSS solicitó regresar a la familia del PEN Club tras más de sesenta años de un divorcio obligado por la política. Fue el más evidente indicador del deshielo iniciado por Gorbachov en la Unión Soviética y, es inútil decirlo, la asamblea del PEN esperaba desde hacía mucho tiempo el reencuentro con los brazos abiertos. Fue el estreno de un cambio substancial que, inmediatamente, se ha visto alentado por la presencia de nuevos socios: los tres Centros del PEN nacidos en las Repúblicas Bálticas –Lituania, Estonia y Letonia– y el anuncio de la creación de dos centros más, Bielorrusia y Ucrania, además del ruso ya existente. Este florecimiento de tipo nacional en el área política dominada por la URSS ha coincidido con el nacimiento, en el Estado español, del Euskar PEN Kluba (1987) y el PEN Clube Galicia (1989). Con la curiosa paradoja de que el PEN Club Español no existe y, si existe, hace ya años que pasa por una etapa de profunda letargia.

Este despertar de las literaturas nacionales ha supuesto una importante inyección de nueva savia en el carácter del PEN Club y se ha concretado en la configuración



© ELOI BONJOCH

de una asamblea que, desde la perspectiva europea, se acerca cada vez más a la complejidad cultural y lingüística del viejo continente. Además de la dinámica y el debate generados en el seno de la asamblea de delegados, el impulso de las literaturas y lenguas sin estado se ha manifestado, especialmente, en una de las comisiones de trabajo del PEN Internacional, el "Comité de Programa y Traducciones", que

últimamente ha prolongado su nombre –"Comité de Programa, Traducciones y Derechos Lingüísticos"– para convertirse, también, en una plataforma de análisis, reflexión, debate y defensa de las lenguas en proceso de minorización. Y tal vez sea oportuno recordar que el Centro Catalán ha desempeñado un importante papel en el nuevo diseño y configuración del comité. En diciembre de 1988 organizó, en Andorra, una reunión extraordinaria de esta comisión y, en la actualidad, prepara otra que se celebrará en Gandía, en octubre de 1990. Lejos de preocupaciones y de la aceleración propias del ritmo de un congreso, la reunión de Andorra permitió replantearse reflexivamente el ámbito y los objetivos de esta comisión y allí fue donde se tomó el acuerdo de ampliar su marco de actuaciones a la dimensión de los Derechos Lingüísticos. Desde el último congreso (Toronto/Montreal, septiembre de 1989), el Centro Catalán ejerce la secretaría permanente de esta comisión.

Precisamente, y para demostrar la operatividad de los planteamientos más nuevos, en la pasada reunión del PEN Club el eje de trabajo del comité se centró en una manifestación de solidaridad y apoyo a dos situaciones lingüísticas cargadas de problemas: la lengua kurda en Turquía y el español en Puerto Rico. En la asamblea, ambas resoluciones fueron asumidas y defendidas por los centros gallego y catalán, que aprovecharon para señalar el evidente paralelismo entre los problemas del español en Puerto Rico, frente al inglés, y la situación del catalán, el gallego y el vasco, frente al castellano, en el Estado español. ■